

## **6 p.m. Briardale Gardens, maestro Gombrich**

### **Inmaculada Jiménez**

La figura de Ernst Gombrich presenta la dimensión del científico apasionado por el objeto de su estudio, entregado con devoción a desentrañar nuevos contenidos de una materia aparentemente bien conocida y dominada por los historiadores y estudiosos de todo tiempo, pero que sin embargo presenta horizontes inusitados cuando la intuición y creatividad del genio vuelve a dirigir sobre ellos la mirada "inocente" dispuesta a descubrir lo que hasta ahora ha pasado desapercibido para todos a pesar de estar bien visible.

El ejemplo de su trabajo nos lleva a reflexionar sobre la capacidad de encontrar todo un universo de descubrimientos en lo aparentemente conocido y a la necesidad de buscar los argumentos de razón que sustentan el hallazgo, además de las pruebas y hechos ciertos en los que basar las hipótesis sostenidas, fundamento de la actitud científica.

Nos hace reflexionar también sobre la verdad de las cosas, que casi siempre se encuentra muy próxima a la sencillez, en el sentido de "esencia" y de "depuración". Purificación de todo exceso de artificio inútil o de complicados recovecos; a pesar de que para llegar a ella sea preciso en ocasiones discurrir por esos alambicados itinerarios que a veces seducen y apartan del objetivo buscado, a modo de nuevos cantos de sirenas para el Ulises contemporáneo. A nuestro alcance, la verdad por descubrir nos demuestra una vez más que lo "esencial" no siempre se alcanza con los ojos, sino que hace falta la pasión del genio y la humildad del maestro para percibirla, acompañados de la vehemencia y del rigor de quien con su trabajo aporta también los argumentos y las pruebas que sostienen los argumentos defendidos con la aparente intransigencia, derivada de la razón.

Sobre la biografía del maestro, sus obras, sus fechas, acontecimientos decisivos o definitivos, poco puedo aportar puesto que soy una aprendiz muy reciente de entre todos aquellos que conocieron al maestro antes que yo. Sin embargo, entiendo que mi aportación a éste, sin duda oportuno, merecido y justo congreso, puede consistir en transmitir la experiencia del conocimiento en persona de alguien cuyo sólo nombre representaba para mí un objeto de admiración y respeto académicos sin límites.

La reflexión sobre él, su conocimiento, sus investigaciones, sus obras, pero sobre todo, su persona, ahora que ha desaparecido, me ha llevado a evocar con fuerza inusitada la personalidad del "maestro" más aún que la del genio, aunque si recapacitamos un poco más, es evidente que la del uno siempre va unida al otro, y sin una no es posible la otra.

Por eso, más allá de los rasgos de carácter que pueden acompañar a los grandes hombres como la intransigencia con los argumentos superficiales, la intolerancia con la falta de rigor, o la crítica desmedida hacia posturas petulantes o vanidosas, queda en mi recuerdo en el caso de Gombrich la actitud respetuosa, cordial y siempre abierta hacia quien con ilusión de principiante no exenta de osada ingenuidad, se acerca hacia los umbrales del conocimiento científico, poniendo en él y en su estudio la ilusión vital de quien sospecha nuevos descubrimientos, más imaginados que reales.

Ese mismo recuerdo es el que conservo de los que para mí han sido también grandes protagonistas de mi formación académica como Francisco Iñiguez o Luis Moya y en los que siempre reconozco e identifico la singularidad del "maestro" en el sentido más virtuoso de la palabra, de quien ejerce su magisterio no solo con la riqueza de su saber sino con la ejemplaridad de su conducta.

El "maestro" conoce bien esa impaciencia poco eficaz del principiante y se muestra siempre atento, siempre receptivo, siempre comunicativo, siempre cordial, siempre colaborador, siempre ilusionado e ilusionante. Su mayor cualidad está en el entusiasmo que transmite a cualquier iniciativa, su capacidad de mostrar horizontes insospechados hacia los que dirigir el interés apenas esbozado, y la confianza que deposita en quien sin ser merecedora de ella, ve en este gesto la oportunidad de crecerse y crecer, consiguiendo con ello el mas elevado objetivo que no es otro sino el del máximo esfuerzo hacia el mas alto horizonte.

Me es muy grato por tanto recordar con esta ocasión, que en mas de una ocasión tuve la oportunidad y la fortuna de compartir tiempo y conversación con Sir Ernst Gombrich, concretamente en dos, bien apartadas en el tiempo. Pienso que mi experiencia de ellas puede ser la aportación original a las sesiones de este congreso, y confío en que mis reflexiones contribuyan a conocer un poco mejor la figura del personaje a quien rendimos homenaje.

Conocí al profesor Gombrich con ocasión del doctorado "honoris Causa" por la Universidad Complutense de Madrid en enero de 1992, acto al que acudí gracias a la invitación que me proporcionó el profesor Joaquín Lorda, que en aquel año ya había establecido una cordial relación con él.

Saludé brevemente al maestro antes de iniciarse el acto académico que verdaderamente no fue tan lucido como la solemnidad del evento hacía esperar, solemnidad a la que sin duda el maestro estaba acostumbrado debido a los distinguidos lugares en los que impartía su magisterio.

Recuerdo la llegada al paraninfo en el caserón de la calle de San Bernardo animada por un grupo de trabajadores de la Universidad que se manifestaban en la calle con insultos y pancartas contra el rector. Una vez en el interior, pudimos contemplar también las pancartas que desplegaban otros compañeros en su reivindicación laboral por los pasillos. Esperamos mas de media hora a desalojar parte del aula magna que estaba excedida en su capacidad, y cuando la música que iniciaba el acto comenzó, nos llamó la atención el evidente desafinado de algunos compases, sin duda fruto del nerviosismo y de las circunstancias, pero que a un consumado melómano como Gombrich, debieron molestar infinitamente.

El acto había sido programado con una duración mayor de lo que la cortesía académica parecía aconsejar, ya que además de tres nombramientos Honoris Causa, estaba prevista la investidura con el birrete de doctor a mas de cien estudiantes. Los incidentes del inicio, y un inoportuno apagón de luz que dejó la sala a oscuras durante unos minutos y el servicio de megafonía inutilizado, fueron contribuyendo a la sensación de pequeña catástrofe que nos iba invadiendo.

Mientras tanto, Gombrich, plácidamente sentado a la izquierda del estrado y aparentemente ajeno a estos sucesos, contemplaba entre serio y burlón la decoración pictórica de los techos del aula sin duda analizando si su calidad se adecuaba al espacio que ocupaban que era el de máximo honor de la principal universidad española.

La intervención de Gombrich despertó gran interés. Comenzó sus palabras en Latín, recordando que hasta hace bien poco ésta había sido la lengua común de los universitarios de toda Europa. Esta uniformidad lingüística era uno de los valores mas apreciados de la cultura occidental y reforzaba el sentimiento de unión entre los hombres por encima de razas y pueblos.

Le complacía por tanto que los ceremoniales de las antiguas Universidades conservasen la tradición de hablar en Latín, y le hubiera gustado poderlo utilizar con ocasión de la ceremonia que protagonizaba. Lamentablemente esta costumbre había sido absurdamente arrinconada a lo largo del siglo XX.

En inglés Gombrich continuó su discurso refiriéndose a los valores del arte y a la universalidad de las tradiciones artísticas. Era contemporánea del acto al que asistíamos la guerra de los Balcanes provocada una vez mas por los nacionalismos étnicos y religiosos y la biografía de Gombrich le hacía percibir de una manera especial esta semejanza entre el siglo que terminaba, y el que había sido su comienzo, que entonces dio origen a la primera guerra mundial, al desmembramiento del imperio austríaco, a las tensiones sociales y a las crisis económicas de los años veinte y al horror del nazismo: "... mi especialidad, la historia del arte, debería ofrecer un antídoto contra este pecado mortal, contra esa negación de la humanidad entre los hombres".

Decía Gombrich ..."la humanidad y la República del saber se encuentran amenazadas por una nueva epidemia de nacionalismo extremo, de chauvinismo e incluso de tribalismo, que últimamente ha despedazado estados enteros y amenaza a otros con la desintegración y el caos".

Tal y como estaba previsto, el acto académico se fue alargando en exceso, por lo que concluidos los discursos de los Honoris Causa el maestro se retiró, momento que nosotros aprovechamos para hacer lo mismo y buscar la ocasión de poder charlar un rato con él, algo que se nos ofrecía difícil, pero que no estábamos dispuestos a dejar de intentar.

Lo encontramos con su mujer Ilse en una pequeña sala, le ayudamos a quitarse el traje académico mientras nos explicaba que no estaba acostumbrado a actos tan prolongados, "somos personas de edad -dijo- acostumbrados a un horario inglés, por lo que a esta hora -las tres de la tarde- habitualmente estamos descansando después de haber almorzado".

Bromeamos un poco comentando las incidencias del acto que él mismo relataba con un gran sentido del humor, pero el tiempo pasaba, el acto no terminaba, nadie aparecía por la sala como anfitrión del maestro y su mujer, y ellos lejos de prolongar la situación con una comida oficial, lo que más querían era retirarse a descansar. Por lo tanto, y con una sensación de complicidad culpable, que pulverizaba todo el protocolo, seguimos sus indicaciones y llamamos a un taxi, le acompañamos a la puerta y quedamos en vernos unas horas mas tarde para tomar el té en su hotel.

A aquella mañana llena de percances siguió una tarde apacible en los salones del hotel Mindanao donde se alojaban que se prolongó hasta la hora de la cena. Hablamos de muchas cosas, entre ellas de la visita privada al Museo del Prado que le había sido organizada el día anterior y que nos llevó a hablar de Velázquez.

Lamentaba no haber podido visitar España mas frecuentemente, y su gran pinacoteca, El Prado, que sólo había visitado en dos ocasiones. Sin embargo conocía y siempre había admirado profundamente la pintura de Velázquez que conocía a través de los cuadros del museo de Historia del Arte de Viena y de la National Gallery de Londres. Pensaba que era uno de los mayores artistas que jamás habían existido, un maravilloso retratista que como escribió en History of Art tiene algo de mágico en su manera de transformar unos rostros vulgares y sin interés en el conjunto de retratos mas fascinantes que el mundo haya contemplado nunca.

Esto nos llevó a comentar que sin embargo en sus obras siempre aparecían los pintores italianos, en especial Leonardo, Rafael, Miguel Angel, Rembrandt en ocasiones, algunos ingleses, pero no Velázquez o la pintura española, que siempre ocupaban un lugar menor. El nos explicó que ello tenía su explicación en su trabajo inicial en el Instituto Warburg, y en la Universidad de Londres, que le llevaron a dedicarse al Renacimiento italiano, al Quattrocento, a la pintura de Botticelli, los encargos de las grandes familias de Florencia y todo lo que rodeaba esa época. De ahí su dedicación a los maestros italianos de la pintura y en especial a Leonardo da Vinci del que ha tratado extensamente en muchos de sus trabajos y el pintor para él mas querido y estudiado por su completa y genial personalidad como dibujante, pintor, escritor, inventor y científico.

Creo que fue entonces cuando hablamos de Dalí. Nos dijo que le había interesado en su día, especialmente por su relación con Freud y por las conexiones entre la representación y el inconsciente, pero su opinión en aquel momento no era muy favorable, de hecho confesó que pensaba que "tenía muy mal gusto". Sin embargo sentía una gran admiración por Picasso y su increíble facilidad para crear y transformar imágenes de todo tipo, y que a pesar de que parecía que como persona dejaba mucho que desear, reconocía como el mayor artista de nuestro siglo". De este encuentro me llamó la atención por encima de todo la generosidad del maestro, que estaba dispuesto a compartir su tiempo, sus conocimientos y sus teorías con un grupo de jóvenes que entonces se iniciaban en la docencia universitaria, sin hacer cuestión alguna sobre la gran diferencia intelectual que entre ambos mediaba. Esta fue sin duda la característica que dejó un impacto mas vivo en mi memoria.

Junto a él aquél día, recuerdo a Ilse Heller, su esposa, en segundo plano de la conversación pero siempre atenta. Hablamos de su afición por la música, de su talento como pianista, de su profesora de piano en Viena, la madre de Gombrich. Hablamos de su familia, de la mía, su hijo, sus nietos, mis hijas; y de cómo iniciarles en la afición por la música, por el arte, por la belleza...

Al despedirnos quedamos citados en la Facultad de Filosofía del Arte, donde el día siguiente pronunciaba una conferencia para los alumnos. Su lección se tituló La magia del ojo, un título sorprendente en alguien que siempre presentaba argumentos de razón en sus teorías pero que era un sugerente equívoco para una lección sobre la importancia de la representación de los ojos para recorrer las expresiones faciales a lo largo de la historia de la pintura de retratos de los diferentes artistas. Velázquez en sus retratos volvió a recoger varios de sus más elogiosos comentarios.

La despedida fue una cita para reencontrarnos en otra ocasión quien sabe si en Londres

La ocasión se produjo. Este segundo encuentro, el mas reciente, y el que quedó mas marcado sin duda en mi recuerdo fue en noviembre de 1997. La cita a las 18,00 horas en su casa de Briardale Gardens de Londres. Naturalmente tomaríamos el té.

La tarde era gris y lluviosa, y casi anochecida. Un taxi nos condujo hacia el barrio de Hampstead, conocido en su día como el barrio de artistas e intelectuales y en el que conviven tradicionales unifamiliares inglesas junto con el mejor conjunto de viviendas modernas de finales de los años treinta. Se detuvo ante una de las casitas unifamiliares con jardín delantero y verja a la calle tan genuinamente londinenses en la que se apreciaba la luz del interior a través de los vidrios con casetones de las ventanas. Era la vivienda de los Gombrich.

Cordial acogida en la puerta de entrada con recuerdos a nuestro anterior encuentro en Madrid, interior acorde con lo que la tipología inglesa de vivienda hacía esperar y arranque de un gran número de sensaciones y vivencias que la muerte del maestro me hizo revivir.

A sus 88 años. Sir Ernst y su esposa Ilse vivían entregados a una actividad intelectual propia de la edad madura, y que concordaba mal con el deterioro físico que la edad imponía a su presencia. La evidente dificultad en el movimiento, o la patología que exigía un vendaje compresivo en el antebrazo derecho del profesor no eran obstáculo para que Sir Ernst desarrollase una intensa actividad. Su fino sentido del humor también continuaba intacto.

La sala de estar estaba prácticamente ocupada por un inmenso piano de Ilse, en la biblioteca se agrupaban grandes colecciones de discos, vinilos, de música clásica, no había cuadros en las paredes como pudiera esperarse, tan sólo algunas láminas que reproducen obras clásicas como por ejemplo el "Ángelus" de Millet; libros apilados por el suelo, la mayoría enviados por distintas editoriales y autores conocidos, y sobre la tapa del piano destacaba la edición de la Breve storia del mondo, aquel primer texto del maestro que ahora, después de sesenta años ve la luz en italiano. Le había hecho gran ilusión recibir esta nueva edición que nos invitó a ojear.

El libro pequeño y amable se completaba por una serie de pequeñas ilustraciones de tono ingenuo pero de cierto atractivo, el ilustrador que tuvo que trabajar con la misma rapidez que él, era un viejo profesor de equitación en paro, por eso los dibujos de caballos tenían mucha más gracia que los de las personas, para los que era bastante mas torpe.

Esta anécdota me llevó a contarle que la noche anterior, en Wembley Arena había asistido a una exhibición de la Escuela Vienesa de Equitación, lo que me había llevado a recordarle pensando en el encuentro del día siguiente. Este hecho llamó su atención y le expliqué que se debía a la gran afición de mi hija María por la equitación y la doma clásica, a la que había acudido a visitar por encontrarse estudiando en Inglaterra. Le desconcertó vivamente mi interés en la educación inglesa que él consideraba tan deteriorada, y le tranquilizó saber que mi interés no estaba en la educación sino en el idioma. Por ello mi hija pasaba el curso escolar en un pequeño internado de religiosas católicas en Buckinghamshire; expuestas las razones recibí su aprobación.

Si me entretengo en estos detalles es porque me permiten trasladar el lado mas humano del maestro y de su mujer. Los que han leído sus libros o sus reseñas bibliográficas conocen el exagerado talante crítico con que juzgaba las teorías e ideas de otros intelectuales. A veces llegaba a mostrar una dureza inusitada en algunas de sus expresiones, en especial con aquellos que intentaban seducir al lector con teorías banales adornadas con un lenguaje pseudocientífico arropado de conceptos estéticos o filosóficos ininteligibles. A veces se refirió a este talante suyo recordando que la crítica es la primera tarea del intelectual, y que el conocimiento avanza gracias al contraste crítico, o en palabras de su amigo Karl Popper, a través de la falsación de las teorías establecidas. La diferencia entre ese Gombrich que se descubre en sus libros, y el Gombrich amable y familiar, siempre generoso con su tiempo puesto a disposición de los demás, hoy en Londres como antes en Madrid no dejaba de sorprenderme.

Las investigaciones del maestro en aquel momento estaban centradas en un tema que ocupaba su total interés; se trataba del valor de lo primitivo en el arte. Era un tema en el que se venía ocupando desde hace años, y que ya había sido objeto de diversos artículos publicados en numerosos medios científicos incluso de los Estados Unidos de América, y cuya recopilación preparaba para un nuevo

volumen muy avanzado en el que trataría sobre los movimientos regresivos y los cambios de gusto hacia formas más primitivas, más ingenuas y menos elaboradas.

A lo largo de la tarde hablamos también de su Historia del arte, reeditada en España en un volumen de gran calidad por la editorial Debate, Gombrich, que conocía la edición afirmaba que era un poco "pesada" aludiendo a lo voluminoso del ejemplar; seguimos hablando de la reedición de sus libros en España, y de los cinco millones de ejemplares vendidos de su historia del arte, aunque ignoraba si esta cantidad era cierta porque, afirmaba satisfecho, él no los había contado. Un detalle más entre tantos del carácter y la jovialidad de este joven octogenario.

Bromeamos también la referirnos al título del libro The Essential Gombrich, antología de textos sobre arte y cultura publicada pocos meses antes y cuyo título tan poco gustaba al autor, puesto que, diríase que todo lo demás, escrito y publicado con tanto esfuerzo y trabajo pero no recogido en este volumen no fuera del todo esencial.

Entre el té y los brownies que Ilse nos ofrecía, y la lluvia monótona que golpeaba en el cristal de la tarde londinense de noviembre, la noche fue cayendo poco a poco. La secretaria telefoneó para advertir que la parte del artículo que no se había contemplado en las pruebas preparadas para la publicación norteamericana ya estaba incluida como el autor había indicado. El profesor asintió complacido, y resolvió así una de sus preocupaciones pendientes.

Una vez más me asombró su interés por los profesores españoles con los que mantenía relación, por su entonces ya gran amigo Joaquín Lorda y por la tarea investigadora que llevaban a cabo, charlamos también de los temas en los que cada uno de nosotros trabajábamos en aquel momento, de los profesores conocidos, de sus investigaciones, ....

Nuevamente me invade esa sensación de admiración ante un hombre que no repara en ocupar su tiempo con cualquiera que se lo solicite, una generosidad alejada de tanta pretenciosidad como a veces rodea a otras gentes. El "hombre sabio" ávido de aprender de todo y de todos.

Entre avergonzada e inquieta, tuve que confesar que debía poner fin a estas horas de feliz encuentro, porque había sucumbido a la espectacularidad del musical londinense "Cats" y el tiempo se me venía encima. No podía suponer, que el mejor preámbulo a la representación de lo que iba a contemplar más tarde me lo proporcionara el mismo Gombrich al elogiar la calidad de esta obra cuyos diálogos estaban basados -como él me informó- en un pequeño libro de cuentos que T.S. Elliot había escrito como encargo de su editor para sus hijos, y que curiosamente se ha publicado recientemente en España.

Sus diálogos eran de una gran riqueza, y él mismo nos los fue describiendo y comentando; tenía entendido que era un espectáculo muy recomendable que sin duda merecía la pena, no había que llegar tarde. El mismo telefoneó al taxi para que nos recogiera.

Al regalo de su tiempo añadió un ejemplar de The Story of Art ....inscribed for María.... una niña, hoy universitaria, que ha comenzado a sentir la belleza del arte a través de este libro y de los testimonios de tantos discípulos de su autor. El musical, más tarde, adquirió una nueva dimensión con la que no contaba, y en la que su personalidad se hizo presente, hay que tener los sentidos bien abiertos ante cualquier cosa por insignificante que parezca, la verdad, la sabiduría y el arte pueden estar ahí encerrados.

Desde 1950 la historia del Arte tiene nombre propio: Ernst H. Gombrich, maestro.